

de no demorar el juramento que tenia que prestar en Barcelona á nombre de su rey, envió á la diputacion para que le supliese en esta ceremonia á Diego Bisbe Vidal. La diputacion, teniendo por urgente lo del juramento para arreglar los negocios pendientes en la administracion de justicia, acordó enviar al sindico de la Generalidad, y los estamentos nombraron tambien tres personas, una por cada brazo, para que saliesen al encuentro al Vidal, y habiéndole hallado en la Junquera, verificóse en aquella villa la ceremonia del juramento (30 de diciembre, 1641), sin perjuicio de repetirle despues el mismo Brezé en Barcelona en la forma debida.

Habia sido nombrado gefe de las armas de España en el Rosellon el marqués de Mortara, bien reputado desde la accion de Fuenterrabía. Mas como tuviese poca gente para resistir al ejército francés, dióse orden á Torrecusa, rehabilitado ya en el mando, para que formando tercios de los soldados de las galeras y con los que pudiera sacar de Tarragona se embarcase á socorrer al de Mortara. El mariscal de Brezé y los catalanes se habian fortificado en el paso de Argelés. Torrecusa, con su energía y su actividad acostumbrada, arregló su gente, desembarcó en Rosas, pasó el Tech con el agua al cuello, sorprendió una noche las centinelas catalanas, degolló algunos soldados, ahuyentó los otros medio desnudos, y abierto el paso logró juntarse con el de Mortara, que al efecto con su

aviso vino á reunírsele desde Perpiñan. Picado de esto el de Brezé acometió á los nuestros, y empeñóse una recia y brava batalla, y siendo poco mas ó menos igual la infantería de ambos campos, pero muy superior en número la caballería francesa, portáronse con tal bravura Torrecusa y Mortara que obligaron á los enemigos á retirarse con no poca pérdida, quedando ellos dueños del campo (diciembre, 1641). El resultado de esta gloriosa accion fué hacer ver á los franceses que aun no se habia embotado el buen temple de las armas de Castilla, proveer á Perpiñan de provisiones para un largo sitio, la rendicion de Argelés y de Santa María del Mar, bien que ésta fuese despues reconquistada por los franceses <sup>(1)</sup>.

El de Brezé, dispuesto lo conveniente para dejar guarnecidas las plazas que habia ganado en el Rosellon, partió para Barcelona, donde fué recibido con gran regocijo, y ratificó el juramento como virey de Cataluña (febrero, 1642), despues de cuya ceremonia hizo entrada pública en la ciudad en dos diferentes dias, en uno como virey y lugarteniente del rey de Francia, el otro como general en gefe del ejército.

Nada se habia hecho por la parte de Tarragona desde el socorro de la grande armada. El general don Fadrique de Colona, príncipe de Butera, murió á po-

(1) Henry: Historia del Rosellon.—lib. VI.—Soto y Aguilar, Epítome ad ann.—Tió, Continuacion de Melo, ad ann.

co de esto; única cosa que puede decirse de él. Hombre de otra resolución el marqués de la Hinojosa, conde de Aguilar, que le sucedió, aunque interinamente, recibido un refuerzo de ochocientos coraceros, salió á campaña á principios de este año (1642), y después de derrotar dos compañías francesas en el Plá, sorprendió la villa de Alcover é hizo prisionero el tercio de Barcelona, al cual trató con mucha consideración para ver de aplacar los ánimos que tanto habia irritado la severidad del marqués de los Velez. Mas no por eso dejó de acometerle con gran furia el de la Motte, aunque sin fruto, pues no obstante ser inferiores en número los españoles, hubo aquél de retirarse con gran pérdida á Montblanch. Enseñoreóse Hinojosa de Reus, Altafulla, Vendrell, Tamarit y otras villas en que habia guarniciones catalanas, tratando á todos con moderación, menos á los del castillo de Constanti, á quienes pasó á cuchillo por la imprudencia con que se empeñaron en resistirle. Acibaró <sup>con</sup> satisfacción de estos triunfos la desgracia del genovés Juanetin Doria, que habiendo dispersado una tempestad sus galeras cuando venia del Rosellon y encallado la capitana en la costa de Blanes, fué hecho prisionero y llevado á Francia.

En tal estado las cosas, y cuando se veian síntomas de ir mejorando, tomaron desde entonces el mas funesto rumbo, ya por competencias de mando entre nuestros generales, ya por el desacierto y la obstina-

cion del conde-duque, astro de siniestro influjo para España.

Habian sido nombrados los dos hijos del difunto duque de Cardona, don Vicente y don Pedro de Aragon, el primero general de las galeras de Valencia destinadas á la costa de Cataluña, el segundo general del ejército de Aragon que habia de operar tambien en el Principado. Púsose en marcha con sus tropas el don Pedro, y pasando el Cinca llegó sin tropiezo al campo de Tarragona. Suscitáronse alli competencias entre los dos generales sobre quien habia de tener el mando superior, conviniéndose al fin en que cada uno mandaria con independencia sus propias tropas, hasta consultar á la córte y que ésta resolviese. La córte resolvió lo peor, que fué mandar á don Pedro de Aragon, marqués de Pobar, que tomando seis mil infantes, mil quinientas corazas y mil dragones pasase al Rosellon. Tenia para esto que atravesar mas de cien millas por pais enemigo, por tierra fragosa y quebrada, y por parages angostos, sin víveres ni medios de trasportarlos, y todo esto cuando en el Rosellon, en Barcelona y en Montblanch habia tres generales franceses con bastante tropa cada uno observando sus movimientos, á saber: la Meylleraie, Brezé y el de la Motte. Para hacer ver estos y otros inconvenientes envió el marqués de Pobar á Madrid su maestre de campo don Martin de Mugica, proponiendo que en el caso de tener que ir al Rosellon lo haria embarcándose en Tar-

ragona, cosa fácil de ejecutar bajo la protección de nuestras escuadras. Pero el ministro Olivares, en esta ocasión tan obstinado y terco como desacertado y torpe, cerró los oídos á todas las observaciones del enviado, que eran las que todo hombre de mediano sentido alcanzaba, y fuéle preciso al de Pobar obedecer y ejecutar tan descabellado mandamiento.

Aunque se habia convenido en que la Hinojosa protegeria el movimiento llamando la atención del enemigo hácia el Coll de Cabra, esto no se cumplió. No se sabe la causa, pero la conducta posterior de Hinojosa, altamente criminal, induce á creer que le abandonó por una abominable emulacion. Porque habiendo llegado despues una contraórden mandando al de Pobar que se quedára en Tarragona, y prestándose á llevarla el general de la caballería de las Ordenes don Rodrigo de Herrera, comprometiéndose á alcanzarle en dos marchas con cien caballos, no lo consintió Hinojosa, y se la fió á uno que la llevó al enemigo, comprometiéndose alevosamente la suerte de todo un ejército. Gran felonía la de aquel traidor, é inmensa responsabilidad tambien la de Hinojosa.

Emprendió el de Pobar su marcha (marzo, 1642) por un pais exhausto y desierto, sin víveres, sin forrage y sin agua, pero sin que nadie le incomodára, hasta Villafranca del Panadés y Esparraguera, porque era plan de los catalanes y franceses dejar que se internára y aislára en el pais. Allí supo que el enemigo le tenia

interceptados los pasos de modo que era imposible seguir adelante, en tanto que el conde de la Motte le alcanzaba ya y picaba la retaguardia. Y aunque esta acometiera á catalanes y franceses con tal bravura que hizo á varios capitanes morder el suelo y á otros huir hasta Barcelona, sin embargo al ver los montes vecinos coronados de gente, los almogavares cerrando los pasos del camino, las campanas tocando á somatén, las fogatas en los cerros para avisarse los del pais, los caballos de la expedición estenuados de hambre y de fatiga, los hombres sin fuerzas para llevar las armas, y en medio de dos ejércitos franceses, determinó el de Pobar emprender la retirada, porque seguir era temeridad, y ya habia acreditado que sabia obedecer. Desde el lugar de la Granata, para no encontrarse con los enemigos, tomaron de noche por el Coll de Santa Cristina; mas despues de haber andado muchas horas, sin luz, hambrientos, tropezando y cayendo á cada paso, por yerro ó por malicia de los guías vinieron á amanecer al mismo punto de donde habian salido. Cuando se preparaban á darse algun reposo y buscar algun alimento, echóseles encima el de la Motte, y cogiéndoles desfallecidos y ademas descuidados, hizolos á todos prisioneros, sin escapar ni generales ni soldados (abril, 1642).

«¡Viva el rey! ¡viva la Francia!» era el grito que resonaba en las calles de Barcelona luego que llegó á la ciudad el correo que el de la Motte envió con la

noticia de este gran triunfo <sup>(1)</sup>. Celebráronse fiestas con procesiones solemnes por espacio de tres dias. Todo el ejército prisionero fué conducido á Barcelona: los generales entraron en coches, y los aposentó el lugarteniente del rey de Francia en su propio palacio, y los agasajó con espléndidos banquetes. Despues fueron llevados á Francia por mar y por tierra de quinientos en quinientos <sup>(2)</sup>. Ganó el baston de mariscal el conde de la Motte. En Madrid produjo la noticia de este suceso un verdadero espanto; no faltó quien culpára de él al marqués de Pobar; en verdad con poca justicia, que si no era don Pedro de Aragon un general muy

(1) Los pormenores de esta desdichada jornada, que nosotros no hemos hecho sino bosquejar, pueden verse en el cap. VII. de la continuacion á la Historia de Mele por don Jaime Tió, y en un impreso titulado: *Relacion de la verdadera rota y presa del general don Pedro de Aragon y de todo su ejército*. Barcelona, 1644.

(2) Al final de la *Relacion* antes citada se inserta una nómina de los gefes y oficiales que fueron llevados á Francia, con los nombres de las galeras en que los condujeron. Segun esta relacion fueron trasladados por tierra los siguientes:

Don Pedro de Aragon, general.

Don Francisco Toralto, lugarteniente.

El marqués de Ribes, general de la artillería.

Don Vicencio de la Matia, general de la caballería.

Don Diego Sans, comisario ge-

neral.

El baron de Letosa, comisario general.

Don Martin de Mogica, maestro de campo.

Don Pedro Pardo, maestro de campo.

Siete criados del marqués de Pobar.

Siguen las listas nominales de los que fueron transportados por mar en la galera Cardenal, en la Ducal, en la Montreal, en la Vigilante, en la Seguerana, en la Fransac; continúan los que llevó el señor de Aubigny, y concluye: «Sin estos oficiales referidos han llevado á Francia prisioneros dos mil ciento y cincuenta, convoyándolos de quinientos en quinientos; finalmente todo el ejército entero, desde los generales hasta los soldados simples, van prisioneros á Francia, para rendir vasallage al monarca tan justo como potente, que veneran las armas de la Europa por Máximo.»

entendido, éranlo sus tenientes, y á él nadie podia tacharle de poca lealtad al rey, que por ella habia sufrido como sus hermanos larga prision en Barcelona. Algo mas culpados eran el conde-duque de Olivares por sus desacordadas órdenes, y el marqués de la Hinojosa por su perversa conducta.

La guerra del Rosellon habia tomado tambien el peor aspecto posible. Richelieu cumplió su palabra de asistir con el rey á los campamentos, si no para dirigir, para alentar con su presencia á generales y soldados. Un ejército de veinte y seis mil hombres operaba en aquella provincia al mando de los mariscales Schomberg y la Meylleraie. No tenia España ni aun la gente precisa para defender convenientemente las plazas. La de Colibre, donde estaba el marqués de Mortara, y que sitió y atacó Meylleraie, fué defendida con teson y con brio. Varias y muy vigorosas salidas hicieron los sitiados aun despues de abierta brecha, y en una de ellas llegaron á tomar seis piezas al enemigo, pero destruida por las bombas la cisterna que les surtia de agua, tuvieron que capitular y rendirse con honrosas condiciones (abril, 1642). Otras de menos importancia se fueron entregando tambien con menor resistencia. Perpiñan, la capital del condado, fué asediada por los dos generales y por todo el ejército, en términos que ni dejaban salir una sola persona ni entrar una sola acémila con provisiones. La guarnicion compuesta de tres mil hombres

mandados por el marqués de Flores de Avila, resistió con heroísmo por espacio de mas de cinco meses un hambre horrorosa, en que despues de consumir y apurar todos los animales, hasta los mas inmundos, llegó al extremo de tragarse los pergaminos y roerse los cueros. Los tres mil hombres habian quedado ya reducidos á quinientos, y no tenian de donde recibir ni de donde esperar socorro. Fué pues preciso capitular, y no fué poca honra para aquellos valientes el salir con todos los honores de la guerra, con seis piezas de cañon y municiones para veinte tiros. Cuando entraron en ella los franceses (9 de setiembre, 1642), encontraron cien piezas de cañon de diferentes calibres, y fusiles para veinte mil hombres. Era el mas rico arsenal que tenia España en aquel tiempo. Con la rendicion de Perpiñán fué escusado ya pensar en la defensa de otras plazas. Los franceses quedaron dueños del Rosellon, y se perdió definitivamente para España aquella rica provincia, que con tan merecido empeño habian conservado los predecesores de Felipe IV (1).

En este intermedio, por la parte de la frontera aragonesa-catalana el mariscal de la Motte, despues de hecho prisionero el ejército de don Pedro de Ara-

(1) Tió: Continuacion, lib. VII. — Henry, Historia del Rosellon:— Limiers, Historia del reinado de Luis XIV. lib. I.—Soto y Aguilar, Epítome. La capitulacion, que consta de ocho artículos, fué firmada el 29 de agosto por el mariscal Schomberg, el mariscal de la Meylleraie, el marqués de Flores de Avila, don Diego Caballero, don Diego Fajardo y don Juan de Arce.

gon, habia intentado apoderarse de Tortosa; pero el gobernador Bartolomé de Medina, la guarnicion, el clero, el obispo, la nobleza, el pueblo, las señoras mismas, todos defendieron la ciudad con tal denuedo, compitiendo noblemente todas las clases en actividad y valor, que despues de dejar el francés ochocientos hombres muertos en los fosos, se retiró con ignominia, y como exasperado con aquella afrenta determinó entrarse por las tierras de Aragon. No fué mejor recibido en aquel Tamarite de Litera en que el año anterior habia cometido una infame y horrible alevosía (1). Los habitantes, que conocian ya bien á su costa la perfidia de este hombre, le resistieron hasta matarle quinientos soldados, y cuando ya no pudieron mas, huyeron á los montes. Algunos se hicieron fuertes en la torre de la iglesia, resueltos á morir antes que rendirse; y no murieron, porque el general francés no quiso detener su marcha por tan poca gente, contentándose con dejar incendiada la poblacion, que toda, á escepcion de solas cinco casas, quedó reducida á pavesas. Deshonra grande para quien acababa de recibir el baston de mariscal, y gloria para los valerosos vecinos de Tamarite. Púsose

(1) Habia en efecto el año anterior en sus escursiones llegado á esta villa. Los habitantes, sencillos labradores los mas, bajo la palabra que el general les dió de que la tropa no cometeria violencia alguna, ni queria de ellos otra cosa sino que le dieran alojamiento, les ofrecieron todo cuanto tenían. Pero llegada la noche, y con pretexto de una pendencia que los soldados fingieron entre sí, entregáronse, y el general no lo impidió; al saqueo, al pillage, y á todo género de desenfreno.

después sobre Monzon: cuatro mil personas de la villa se refugiaron al castillo, que capituló al fin. Pero convencido el de la Motte de que Aragon no era Cataluña, y de que le era imposible conquistar una provincia tan fiel á su rey como enemiga de los franceses, retiróse á Lérida temeroso de comprometer su ejército.

Hinojosa, encerrado en Tarragona, limitóse á hacer algunas escursiones por el campo, en una de las cuales destrozaron los nuestros una columna de mil quinientos franceses y catalanes, degollando gran parte de ellos. Cuéntase que se descubrió en Tarragona una conspiración que los frailes carmelitas descalzos habian tramado para entregar la plaza, y que al irlos á prender se dejaron los mas matar en sus celdas antes que darse á prision.

Tambien en el mar se habia combatido. La escuadra española de Dunkerque mandada por el almirante Feijóo batió furiosamente la armada francesa (30 de junio, 1642), echando á pique nueve de sus buques y maltratando otros; pero reforzada la de Francia con nuevos bageles, causó un descalabro en los nuestros, teniendo que recogerse al puerto, y quedando los franceses dueños del mar.

Clamaba todo el mundo, y desde el principio de la guerra se llevaba clamando porque el rey fuese á animar con su presencia á los que combatian por él, al modo que lo estaba haciendo el rey de Francia. Opo-

niase solo el de Olivares, temeroso sin duda, ó de que se hiciera patente su ineptitud, ó de que le suplantara en la privanza algun general de inteligencia ó de fortuna. Al fin no pudo acallarse el clamor universal, y se acordó la jornada del rey. Dispúsose todo con gran ruido y aparato: hízose un llamamiento general á todos los grandes, nobles y caballeros á fuero de Castilla, conminando á los que no acudiesen con penas deshonorosas (1); se registraron y recogieron todas las armas ofensivas y defensivas; se hicieron levás y requisas de hombres y de caballos, y poblaciones hubo como Madrid, donde ni quedaron hombres que ejercieran ciertos oficios, ni caballos de tiro para los coches. Faltaba dinero, y se apeló al patriotismo de los grandes y ricos para que cada cual ocurriese á los gastos á título de donativo segun su fortuna y facultades, lo cual produjo una no despreciable suma (2). Cuando todo estuvo dispuesto, emprendió el rey su jornada, pero con tal lentitud, que habiendo salido de Madrid el 26 de abril, fuese deteniéndose en Aranjuez, Cuenca, Molina y otras poblaciones, entreteniéndole el conde-duque con fiestas, en términos que

(1) En la Biblioteca Nacional, Sala de MM. SS. se encuentra el bando llamando á los hijosdalgo á campaña.

(2) Digno es de particular mencion el generoso y patriótico desprendimiento del almirante de Castilla Enriquez de Cabrera, el cual pidió al rey permiso para enagenar todo su patrimonio y

destinar su producto integro á los gastos de la guerra. El rey no se le otorgó, pero no por eso dejó de ser digno de eterna loa su ofrecimiento. Este almirante era el mismo que habia ido años antes á socorro de Fuenterrabia, y ganando aquel célebre triunfo. El conde-duque de Olivares le tenia arinconado y sin destino.

no llegó á Zaragoza hasta el 27 de julio, presentándose no con la sencillez de quien iba á una expedición militar y á ver de enderezar una guerra desgraciada, sino con el boato, la pompa y magnificencia de quien fuera á celebrar un gran triunfo.

Juntóse con estos esfuerzos un nuevo ejército de diez y ocho mil infantes y cerca de seis mil caballos, cosa extraordinaria atendida la situación en que se encontraba el reino, y nombróse general en gefe al marqués de Leganés, á quien ya conocemos por sus mandos en Italia y Aragon y que estaba entonces en la gracia del conde-duque. Al mismo tiempo se equipó en Cádiz una armada de treinta y tres navíos de guerra, y cuarenta buques menores, con nueve mil hombres de tripulación, cuyo mando se dió al duque de Ciudad Real. Con estos elementos habia derecho de prometerse una campaña ventajosa por mar y por tierra. Mas la suerte de España no lo quiso así. El rey no solamente no se movió de Zaragoza, sino que allí parecia haber ido mas á pasar una temporada de recreo, segun se daba á las diversiones, que á inspeccionar y dar calor á las operaciones de una guerra de que pendia la suerte de la monarquía. Vergüenza debia causarle ver que la reina en Madrid, donde quedó gobernando, visitaba los cuarteles, animaba los soldados y se desvivía por encontrar y enviar recursos <sup>(1)</sup>.

(1) Otro rasgo de desprendimiento se vió tambien en esta ocasion, que nos complacemos en consignar. Habiéndose llegado la

Como antes de emprenderse la campaña se supiese la rendicion de las plazas del Rosellon, dióse ya por perdida aquella provincia, y en lugar de dividir el ejército en dos cuerpos, como se habia pensado, destínósele íntegro á Cataluña <sup>(1)</sup>. Púsose pues en movimiento el de Leganés á fines de setiembre (1642), y pasando el Segre por Aytona, sentó el 7 de octubre su campo delante de Lérida en el llano de las Horcas. Esperábale el mariscal de la Motte con doce mil hombres, apostado en una colina llamada de los Cuatro Pilares. Atacó el primero don Rodrigo de Herrera

reina en persona á pedir dinero prestado sobre sus joyas al rico negociante don Manuel Cortizos de Villasante, este digno español se negó á recibir las alhajas, y dió sin ninguna garantía ochocientos mil escudos para que se enviasen inmediatamente al ejército.

La reina se desprendió de sus propias alhajas destinando su valor á los gastos de la guerra. Al enviarlas á Zaragoza, por mano del conde de Castrillo, tuvo la discrecion de halagar el amor propio del conde-duque, á quien meditaba ya derribar, queriendo que entregara por su mano las joyas, y escribiéndole la siguiente carta: «Conde: todo lo que fuere tan de mi agrado como que el rey admita mi voluntad en esta ocasion quiero que vaya por vuestra mano; y asi os mando supliqueis á S. M. de mi parte se sirva de esas joyas, que siempre me han parecido muchas para mi adorno, y pocas hoy que todos ofrecen sus haciendas para las presentes necesidades. De Madrid, hoy vier-

nes 13 de noviembre de 1642. »La Reina.»—El de Olivares le contestó sobremanera agradecido y el rey le escribió sumamente satisfecho.—Caida de la privanza del conde-duque de Olivares, en el Semanario erudito de Valladares, tom. III.

(1) El duque de Nochera, que gobernaba el reino de Aragon, no se habia descuidado de prevenirse para contener tales invasiones mas como dice Soto y Aguilar, por ciertos inconvenientes bien murmurados y mal entendidos, mandó S. M. Católica que el duque de Nochera dejase el gobierno de Aragon, no habiendo perdido de él un palmo de tierra, antes avisado siempre en defensa del reino le tenia bien prevenido; le mandó viniese preso; no entró en Madrid, porque fué llevado á Pinto, donde estando en la prision murió. Epítome de las cosas sucedidas, etc. pág. 208.—Siempre errores y desaciertos del gobierno.